Los fines últimos

En teología, un capítulo está dedicado a los últimos finales del hombre, al destino de los hombres después de su muerte.

Este destino ha permanecido por mucho tiempo misterioso, la falla adánica ha sumido a toda la humanidad en la oscuridad de la ignorancia total sobre todo lo que concierne al alma, las razones de la vida en la tierra, la vida espiritual y el futuro del hombre. La arqueología nos enseña que los antiguos creían en una vaga, pero aún así, supervivencia material. Así, en tiempos faraónicos, los egipcios enterraban a sus muertos con comida y bebida para salvarlos del hambre y la sed.

La Revelación Divina nos ha enseñado gradualmente que el hombre, después de la muerte, continúa viviendo fuera de su cuerpo, cada uno manteniendo su propia personalidad. Por ejemplo: Samuel, después de su muerte, reprende a Saúl (1 Samuel 28:11-19), Judas Macabeo ve a Jeremías «rezando mucho por el pueblo...» (2 Macabeos 15:11-16): los judíos rezaron por los soldados muertos, por lo que siguen viviendo en el Más Allá (2 Macabeos 12:40-46), Elías y Moisés aparecen con el Jesús transfigurado (Mateo 17:3).

La Revelación bíblica nos enseña además que hay tres situaciones, tres estados de ánimo en los que el hombre puede encontrarse en el Más Allá: el Cielo, el Purgatorio o el Infierno. Estos tres estados no son lugares geográficos ni interestelares, sino sentimientos de felicidad o de infelicidad, de alegría o de tristeza debidos al éxito o al fracaso del alma en la vida terrenal. Son sentimientos que ya se pueden experimentar aquí en la Tierra. ¡Cuántas veces oímos decir: «Estoy viviendo un infierno», y eso es el suicidio! O, por el contrario: «¡Me siento en el Cielo! ¡Soy tan feliz!», y eso es la plenitud y el resplandor de la alegría en los ojos. Existe también esa situación intermedia entre el infierno ya vivido y la felicidad celestial ya sentida: la de la persona que se busca a sí misma: aún no es la desesperación total, pero tampoco es la felicidad, ni la alegría de haber logrado algo valioso, sobre todo de haberse realizado, de haberse reencontrado. Es el estado de quien continúa su camino en la penumbra con la esperanza de encontrar.

Los versos bíblicos siguen para apoyar lo que se ha dicho:

1. El cielo

En su parábola sobre Lázaro y el malvado hombre rico (Lucas 16:19-26), Jesús nos muestra a estos dos protagonistas que viven en el Más Allá. Uno es feliz y el otro sufre en los tormentos del infierno; un abismo **INFRANQUIBLE** separa a los dos hombres que fueron vecinos en la tierra. Esta parábola presenta el Cielo y el Infierno. Ambos son sólo un estado mental adquirido por cada uno en la tierra. Aquellos que, desde su vida terrenal, logren cambiarse, adaptar su forma de pensar al espíritu celestial, no tendrán dificultad en integrarse rápidamente en la sociedad celestial. Aquellos, en cambio, que se aferran tercamente a su forma de ver y entender, sin siquiera tratar de comprender la mentalidad divina, serán desajustados en la Patria celestial. Esto es el infierno.

El estado intermedio es el Purgatorio.

El cielo puede ser merecido por un cambio repentino, por un inmediato e intenso acto de amor antes de la muerte. Al buen ladrón que expresa su fe y confianza en él, Jesús le dice: «Hoy estarás conmigo en el cielo» (Lucas 23:43).

El Cielo es ver a Dios y conocerlo al fin como es: «Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8); «La vida eterna es que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste» (Juan 17:3). «Deseo ser libre (del cuerpo) y estar con Cristo», exclamó Pablo, consciente de la eterna y perfecta felicidad que le estaba reservada después de su vida en el cuerpo (Filipenses 1:23).

«Para los que temen al Señor, todas las cosas terminarán bien; el día de su muerte será bendecido» (Eclesiástico 1:13). Ser bendecido por Dios, aprobado por Él, es la felicidad eterna. El infierno, por otro lado, es ser maldecido por Dios a causa de la maldad.

La felicidad celestial es imperturbable y no puede perderse. Es estable para siempre: «Recojan para ustedes tesoros en el Cielo: no habrá polilla ni gusano que queme, ni ladrón que robe y atraviese» (Mateo 6:20).

La vida social en el Cielo está bañada por el amor mutuo que experimentan todos sus miembros. No hay lugar para el odio, la envidia o los celos. La armonía total y la comprensión perfecta unen a todos los sujetos celestiales, como un solo hombre, alrededor de Dios, su buen Padre.

2. Infierno

El infierno es la reunión de todos aquellos que están en conflicto irreversible con Dios. Es un estado, un sentimiento de derrota, derrotados como están por el Poder Todopoderoso de Dios. Son almas alejadas para siempre de la Luz por su feroz resistencia a Dios. Esta gente nunca se preocupa por el plan de Dios y hacen lo que les place. Sordos a los mandatos divinos, van de frente, indiferentes a los impulsos divinos.

Este es el caso de los que rechazaron a Jesús porque no encajaba con sus objetivos políticos: «El que no cree (*en Jesús*) **ya** está condenado» (Juan 3:18). Esta condenación se lleva a cabo aquí en la tierra para aquellos que se oponen a la voluntad de Dios. Jesús nos invitó a doblar nuestra voluntad a la del Creador pidiéndonos que rezáramos: «Hágase tu voluntad». Muchos prefieren su propia voluntad a la de Dios.

Es probable que los conflictos entre las personas causen perturbaciones psicológicas muy graves. Un fuego moral quema las almas de los amantes en conflictos transformando sus vidas en un infierno a menudo insoportable. Tanto más, cuando este conflicto es entre el hombre y Dios, la fuente de la Vida, ¡este fuego invisible consumirá y agotará al hombre que se opone al dinamismo divino!

Algunos piensan que Dios es demasiado bueno para dejar que las almas se asen eternamente en el infierno. Esto es tratar un tema tan serio demasiado superficialmente, sin comprender realmente sus implicaciones:

1. No se trata sólo de Dios, sino de aquellos que se resisten a él **eternamente**. Estas almas maldecirán para siempre a Dios, que no ha cumplido su voluntad: la de no haberles dado un Mesías a su gusto, la de no haberles dado dinero, placer, poder, etc.

2. Es cierto que Dios es infinitamente bueno, pero también es infinitamente justo. Su cólera es otra expresión de su amor, de este amor traicionado: «El amor es terrible cuando no es amado», dijo un santo de Dios.

Viendo que las almas siempre rechazan sus avances por razones injustas, Dios finalmente ratifica sus deseos y a su vez los aleja de su presencia pacificadora. ¡No quiere estar rodeado de gente pendenciera, egoísta, orgullosa, con locuras de grandeza, y gente desequilibrada de todo tipo!

Aquí hay algunos versos bíblicos sobre este tema:

> Daniel 12:2: Los impíos se levantarán «para el oprobio y la abominación eterna.».
>
> Judit 16:17: Dios se vengará de los enemigos de los creyentes, «Los castigará en los días de juicio... y llorarán con dolor eterno».

Este dolor es sobre todo psicológico, similar al dolor de los vencidos, es la vergüenza de los que son sorprendidos con las manos en la masa. (Isaías 66:24 / Sabiduría 4:19).

Jesús también habló de los sufrimientos eternos del infierno; hemos visto un ejemplo de esto en la parábola de Lázaro y el malvado hombre rico. Es la «Gehena de fuego (Mateo 5:22-29 / 10:28), donde el gusano no muere y el fuego no se apaga» (Marcos 9:46), «fuego eterno» (Mateo 25:41), «fuego inextinguible» (Mateo 3:12), «hornos» (Mateo 13:42), «dolor eterno» (Mateo 25:46), «oscuridad» (Mateo 8:12), «aullido» y «crujir de dientes» contra Dios y su pueblo (Mateo 13:42-50 / 24:51 / Lucas 13:28).

Pablo también testifica que aquellos que se niegan a conocer a Dios y luchan contra el evangelio «sufrirán la perdición eterna, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su majestad» (2 Tesalonicenses 1:9 / Romanos 2:6-9 / Hebreos 10:26-31). La pena de los condenados se debe a su consternación y arrepentimiento ante el triunfo del Evangelio, que combatieron con toda su alma.

El Apocalipsis también dice que «los que han participado en la Bestia contra el Jinete (Jesús) compartirán el lago que arde con fuego y azufre» (Apocalipsis 21:8) donde «serán torturados día y noche para siempre» (Apocalipsis 20:10).

«El Señor», según la expresión de Pedro, «sabe librar a los hombres piadosos de sus pruebas y guardar a los impíos para castigarlos en el día del Juicio, especialmente a los que, por concupiscencias inmundas, siguen la carne y desprecian el Señorío (*de Dios*)» (2 Pedro 2:9-16).

Un hombre me dijo que no creía en el infierno. Sabía que fulano le había hecho mucho daño, mientras se hacía pasar por su amigo (abusaba de su mujer, le robaba su dinero e incluso su negocio. Apenas logró salvar su apartamento y sus muebles). Así que le dije: «Entonces fulano también será eternamente feliz a pesar de todo el daño que te hizo...». Sintiéndose preocupado, dudó en afirmar que el Infierno no existe... ¡aunque sólo sea para «Fulano de Tal» que se lo merece! Pregunte a los que no creen en él, si el infierno no conviene a sus enemigos, George Bush vería a Saddam Hussein en él, y viceversa, muchos otros verían a Hitler en él, los israelíes están sumergiendo a todos sus enemigos en él, los palestinos primero. Dios también tiene **SU** justicia. Se alegra de los justos perseguidos por los impíos.

3. Purgatorio

Desde la grave mala conducta de los primeros padres de la humanidad, el destino de la humanidad ha cambiado. Víctimas de esta fechoría, las generaciones siguientes tuvieron que curar sus heridas. La tierra, que debía prepararnos para una vida eternamente feliz con Dios, se ha convertido en una encrucijada de la que parten tres caminos: el que lleva directamente al Cielo, el que lleva inmediatamente al Infierno, y un camino intermedio, el del Purgatorio, que puede continuar después de la muerte física, pero que finalmente lleva al Cielo.

Antes de la creación del hombre, el Cielo existía, siendo Dios mismo ese Cielo. La caída de los demonios creó el infierno. El purgatorio es una situación peculiar del hombre después de su caída. Es la situación de los hombres de buena voluntad que pasan por una evolución hacia el mejoramiento, hacia la curación de las secuelas del pecado original.

Para todos los hombres la tierra debería ser el Purgatorio, ese lugar donde el tiempo debe ser usado para obtener el conocimiento psicológico y espiritual perdido a través de la caída original.

Desde el principio, la vida en la Tierra está destinada a ser un entrenamiento para la vida eterna. Después de la caída, esta vida terrenal, antes de ser este aprendizaje, se convirtió en un campo de batalla espiritual en el que los hombres son llamados a tomar una posición a favor o en contra de Dios o el diablo. Aquellos que consciente o inconscientemente elijan a Dios, primero tendrán que curar la herida adánica y luego hacer su aprendizaje para la vida eterna. No deben perder esta oportunidad única ya que no hay reencarnación como revela el texto de Pablo (Hebreos 9:27). En cuanto a los que consciente o inconscientemente eligen al diablo, su destino infernal se remonta a la vida terrenal.

Mientras haya tiempo, habrá un tercer estado mental: el purgatorio. Termina con el fin del tiempo. Este estado de ánimo pertenece a aquellos que habrán sido inducidos a cometer irregularidades más o menos graves, pero que siempre pueden ser reparadas. Es ventajoso remediar en la tierra las heridas causadas a otros, pues las dificultades son cien veces mayores después de la muerte. Esto se muestra en las palabras de Cristo: «Cuando vayas con tu adversario ante el juez, trata de acabar con él en el camino (*el camino de la vida terrenal*), no sea que te arrastre ante el juez... y el verdugo te arroje a la cárcel. Os digo que no saldréis de allí hasta que hayáis pagado hasta el último céntimo» (Lucas 12:58-59). El hecho de que este «prisionero» tenga la posibilidad de salir de la cárcel, significa que su sentencia no es eterna. Esto es el Purgatorio.

Jesús nos enseñó que todo pecado y blasfemia será perdonado a la humanidad... ... pero quienquiera que hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el siguiente (Mateo 12:31-32). Por lo tanto, hay ciertos pecados que son perdonados en el otro mundo, después de lo cual uno se integra en la sociedad celestial en el rango adecuado. Sin embargo, esta salvación tiene lugar «como a través del fuego», como explica Pablo (1 Corintios 3:15).

La posibilidad del perdón de ciertos pecados en el otro mundo se revela en el Antiguo Testamento: los judíos oraron por el perdón de los soldados muertos. (2 Macabeos 12:40-46).

San Juan confirma que hay un pecado imperdonable por el que no pide rezar. Nos pide que recemos por un hermano que vemos cometiendo un pecado que no va a la muerte y le daremos la vida (1 Juan 5:16-17).

Este último texto muestra que la vida eterna puede ser devuelta a aquellos que no cometen pecado contra el Espíritu Santo, un pecado que lleva a la muerte espiritual, es decir, al infierno, ya aquí en la tierra.

Así es como se demuestra el campo de batalla espiritual que es la tierra. Todos los hombres de buena voluntad deberían pasar sus vidas en la tierra haciendo su Purgatorio. Bienaventurados los que saben hacer de la muerte física un mero paso a la vida celestial. Mejor aún, aquellos que desde aquí abajo viven el Cielo habiendo participado en la primera Resurrección.

Copyright © 2026 - Pierre2.net - Todos los derechos reservados.